BIBLIOTECA CRÍTICA

DE LA

GUERRA CIVIL

Dirigida por Emilio Peral Vega

Guillermo
Escolar
E D I T O R

Gilbert Grellet

Un verano imperdonable

**1936: la guerra de España
y el escándalo de la No-intervención**

Presentación de Rosa Regàs

Prefacio de Manuel Valls

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

«La no intervención en España fue una de las farsas diplomáticas más escandalosas perpetradas en Europa entre las dos guerras».

William Shirer, periodista e historiador americano

«Las democracias occidentales han abandonado a su suerte la democracia española. La farsa de la no intervención ha apuñalado por la espalda a un gobierno democrático constitucional, bajo la excusa de la imparcialidad».

Claude Bowers, embajador de Estados Unidos en España

«Habría bastado una ayuda insignificante al gobierno de Madrid para que hubiera podido sofocar de raíz la rebelión».

Jean Zay, ministro de Educación Nacional

PRÓLOGO

«Imperdonable»

Ella está allí, alterada, indignada, sentada en la tribuna de una sala de conferencias del Parlamento español, en el corazón de Madrid. En este día de octubre de 2006, la izquierda española rinde homenaje a las Brigadas Internacionales, más de 35.000 voluntarios extranjeros que vinieron a España a partir de octubre de 1936 para apoyar a las fuerzas republicanas frente a los generales golpistas sostenidos por Hitler y Mussolini.

Una treintena de voluntarios supervivientes han venido a Madrid para conmemorar el 70º aniversario de su intervención. Entre ellos, Lise London, figura emblemática de las Brigadas y de la Resistencia francesa, que después sobrevivió a los campos de la muerte nazis, como su marido, el comunista checo Artur London, autor de *La confesión*.

Seguro que ella está contenta de compartir este inusual momento con todos los antiguos combatientes de edad avanzada, feliz de volver a España, de donde su familia es originaria. Pero pronto, cuando yo le hago preguntas para la *Agence France-Presse (AFP)*, la conversación va más allá de sus simples recuerdos brigadistas. Ella quiere también recordar algo que lleva en el corazón, un mensaje que no ha cesado de propagar y que repetirá hasta su último aliento. La amabilidad se ha convertido en franca determinación: «Escríballo, hace falta decirlo y volver a decirlo, que en aquella época las democracias occidentales dejaron caer la República española. Un abandono imperdonable. Franco solo pudo triunfar con el apoyo de las tropas fascistas alemanas e italianas, un apoyo que nosotros negamos al Frente Popular de Madrid».

A su lado, el alemán Kurt Julius Goldstein, brigadista superviviente de Auschwitz y de la marcha de la muerte hacia Buchenwald.

Había sido entregado a los nazis por el gobierno colaboracionista de Vichy. Marcado por tantas pruebas, pero siempre con el espíritu vivo, Goldstein insiste también: «Nosotros hemos participado en la primera batalla de la Segunda Guerra Mundial contra el fascismo», destaca en referencia a la defensa de Madrid de noviembre de 1936 al grito de ¡No pasarán! Moe Fishman, antiguo miembro de la brigada americana Abraham Lincoln, de mirada clara y silueta siempre elegante con sus más de noventa años, lo hace evidente: «Es importante –me dice– que el pueblo español conserve la memoria de la Guerra Civil y comprenda que aquellos que combatieron con el bando republicano tenían razón».

Después, estos grandes testimonios de una página notable de la historia nos dejaron, pero sus palabras han quedado, desgarradoras, como esos pensamientos embrionarios que se insinúan lentamente en el espíritu antes de poseerlo progresivamente y por entero.

¿«Imperdonable» es la palabra adecuada? Sí, ya que si decenas de miles de obreros, de empleados y de estudiantes, vinieron del mundo entero para ayudar a la República Española, perdiendo su vida en primera línea durante los grandes combates, es que había una razón: compensar la incomprensible ausencia de apoyo de las grandes democracias occidentales, afrontar la política de no intervención iniciada por Francia y escarnecida por Roma y Berlín. Esta «farsa deshonestas», como tan bien ha apuntado el embajador americano en Madrid, Claude Bowers, permitió a Francisco Franco y a las fuerzas de los «nacionales» conseguir la victoria en 1939, con el apoyo de la legión Cóndor alemana y los tanques de Mussolini, antes de imponer en España una dictadura vengadora y criminal durante casi cuarenta años.

Ochenta años después de este episodio clave del siglo xx, persiste el deseo de intentar comprender lo que allí pasó, de responder a las preguntas que nos mortifican.

¿Por qué Léon Blum y el Frente Popular, en el poder en Francia, rehusaron ayudar a sus amigos del Frente Popular español contra los militares golpistas? ¿Por qué el gobierno conservador de Londres preconizó esta política absurda, apoyada por Winston Churchill? ¿Por qué Franklin Roosevelt, que fue un gran demócrata, siguió

la misma vía de esa inconcebible «neutralidad»? ¿Por qué estas tres grandes potencias democráticas, conscientes del aumento del peligro fascista y nazi, dejaron simplemente caer un gobierno, legítimamente elegido, que se esforzaba en llevar a España por el camino de las reformas sociales y de la modernidad republicana?

Se han propuesto ya múltiples respuestas a estos interrogantes, pero no son del todo satisfactorias. Hay que revisitarlas, una vez más, para intentar desenredar la madeja, para rehacer la senda de esta tragedia ibérica, anuncio de un desastre europeo.

Si se reflexiona bien, veremos que todo se jugó durante un breve periodo estival, de julio a septiembre de 1936. Tres meses fatídicos y de pesadilla, en el curso de los cuales se cometieron crímenes insensatos, se tomaron decisiones y se emprendieron acciones que marcaron la suerte de España, pero también la de una Europa abocada a la guerra. Una increíble ceguera democrática ante las amenazas totalitarias.

Tres meses durante los cuales Franco tomó el control de la rebelión cometiendo lo irreparable: hacer aniquilar al pueblo por tropas extranjeras. Mientras que una columna de muerte, nacionalista, compuesta de mercenarios marroquíes y de legionarios, asolaba Extremadura en su camino hacia Madrid, dejando detrás de sí una estela de sangre y terror, en París se discutía en el palacio de la República.

Tres meses que condicionaron durante los tres años siguientes la guerra de España, que aparecería como un ensayo general de la Segunda Guerra Mundial y como un modelo histórico para todos los pueblos abandonados a la masacre perpetrada por su dirigente, víctimas de una diplomacia cuya acción no descansa sobre los derechos del hombre, sino en los cínicos intereses de algunos gobernantes.

Un verano verdaderamente imperdonable.

«SEVILLA LA ROJA» HA CAÍDO

Sevilla, 18 de julio de 1936

De repente, en pleno verano, el miedo entró en la ciudad.

Lo inimaginable acaba de producirse este sábado 18 de julio de 1936 en las soñolientas orillas del Guadalquivir. En unas pocas horas, rasgando el sopor estival, el general golpista Gonzalo Queipo de Llano y Sierra ha tomado el control de Sevilla, capital de Andalucía, bastión de las fuerzas de izquierda que ostentan el poder en Madrid.

Este golpe de mano es como la explosión de un trueno. Más sorprendente si se tiene en cuenta que Queipo de Llano es *a priori* un general «republicano» que incluso había participado en 1930 en el intento de derrocar la monarquía española, poco antes de que en abril de 1931 se instaurara la Segunda República Española, a la cual él se había adherido plenamente.

Pero nada es simple en este militar agitado y vociferante de sesenta y un años, cuya caótica carrera empezó en 1898 en Cuba contra las tropas yanquis, antes de seguir en el Marruecos español, donde fue ascendido a general de brigada en 1923. Queipo de Llano es un hombre frenético con el don de enfadarse con la tierra entera: reta en duelo a los periodistas y da un puñetazo al hijo del dictador Miguel Primo de Rivera, del que se ha alejado después de haber estado muy próximo a él durante los años veinte.

Su tendencia republicana se interrumpe después de la victoria electoral del Frente Popular en febrero de 1936. No le gusta el cambio brusco, en mayo, del presidente de la República, el conservador Niceto Alcalá Zamora por el reformista Manuel Azaña. Además, estaba molesto porque su hija Ernestina se había casado con uno de los hijos del presidente depuesto...

Arrinconado con el título de inspector general de carabineros, Queipo de Llano rumia su rencor y se acerca al grupo de generales conspiradores, que preparan un golpe de Estado desde marzo. Él quería actuar en Valladolid, su región natal, o en Madrid, pero en el último momento se le manda a la encerrona de «Sevilla la Roja», donde tiene grandes probabilidades de fracasar.

Queipo de Llano está en Huelva en el momento en que la insurrección estalla prematuramente en el Marruecos español el 17 de julio, por parte del ejército de África. La mañana siguiente se desplaza a Sevilla al volante de su Hispano-Suiza y se instala en el Hotel Simón y luego en un edificio militar vacío.

El general faccioso se pone en acción sin la menor duda, acompañado de algunos oficiales decididos. Irrumpe en los despachos del general José Fernández de Villa-Abrille, comandante militar de la región, y le pide que se una a la rebelión. Villa-Abrille duda y luego rehúsa. Es inmediatamente arrestado y puesto bajo vigilancia, sin reacción por su parte.

Queipo se precipita entonces sobre el cuartel vecino, donde está acantonado el 6º Regimiento de Infantería. Encuentra hombres y oficiales en el cuerpo de guardia, y se dirige al coronel Manuel Allanegui Lusarreta, que lo mira perplejo: «Deme la mano, mi coronel. Le felicito por su decisión de ponerse de nuestro lado en estos momentos en que se decide el destino de nuestra patria».

—Pero es que yo he decidido mantenerme fiel a la República.

—¿De verdad? ¿Y si fuéramos a su despacho para continuar esta conversación?

Un diálogo surrealista, pero decisivo. Una vez dentro del despacho, Queipo de Llano, un hombre delgado y con mirada desdeñosa, cuya autoridad jerárquica impone, convence al coronel para que se dirija al cuartel general, donde será arrestado.

Se nombra un oficial en su lugar, e inmediatamente se manda una unidad para que tome el control del depósito de armas y municiones, el «Parque de Artillería». Queipo de Llano difunde entonces una proclamación vehemente anunciando el golpe: «El ejército toma la dirección del país para salvarlo de la anarquía y de las amenazas exteriores. Yo declaro el estado de guerra en toda la región».

Una compañía de artilleros se une rápidamente al golpe de Estado, y después la Guardia Civil. Se instalan cañones en el corazón de la ciudad, en la Plaza Nueva, y se bombardea el inmueble de la Telefónica, el Hotel de Inglaterra y la sede del gobierno, donde están atrincherados los guardias de asalto (policía republicana) que han permanecido fieles. La bella ciudad andaluza se ha convertido en zona de guerra.

A primera hora de la tarde, el gobernador civil, José María Varela Rendueles, impotente y atemorizado, que se ha negado a distribuir armas a la población al inicio de la rebelión, se rinde con la promesa de que salvará la vida. La suerte de Sevilla está echada.

La insurrección había estado bien preparada bajo mano por oficiales de la plaza, en especial el comandante José Cuesta Monereo, pero nada estaba decidido, a pesar de la toma de control de lugares estratégicos en la metrópolis del sur con sus doscientos cincuenta mil habitantes, de los cuales unos cien mil eran obreros y obreras —una verdadera fortaleza electoral del Frente Popular—.

Incluso teniendo en cuenta que su papel fue ampliamente alabado, la desfachatez de Queipo de Llano ha sido decisiva en un escenario hostil, con consecuencias incalculables. Y sobre todo, será él, este militar totalmente impredecible, el único con mando en la ciudad a partir de ese momento.

La resistencia republicana se moviliza rápidamente, como había pasado cuatro años antes durante otra tentativa de levantamiento militar en Sevilla, la del general José Sanjurjo Sacanell, que fue rápidamente ahogada. Pero sin embargo es confusa y desorganizada.

Por la radio se lanza una llamada a la huelga general, mientras que se incendian iglesias, así como casas de nobles locales. Los obreros se precipitan hacia el Arsenal, pero ya es tarde, los fusiles están bien guardados. Se repliegan bajo el fuego de los soldados y levantan barricadas en los barrios populares de Triana, Macarena, San Bernardo y San Julián.

En esta atmósfera tensa, poco antes de las diez de la noche, una voz chirriante, amenazante, se difunde por las ondas de Radio Sevilla, la Unión Radio, de la que los golpistas acaban de tomar el con-

trol: «La suerte está echada y es inútil que la canalla resista. Nuestras tropas de legionarios y de regulares (marroquíes) se dirigen a Sevilla y, en cuanto lleguen, los que resistan serán cazados como alimañas». En el micrófono, Queipo de Llano en persona, comentarista de la historia.

Los republicanos se estremecen ante la injuria, decididos a vender muy cara su piel y a hacer fracasar este nuevo golpe. No saben aún lo que les espera.

¿QUÉ PASA EN ESPAÑA?

París, 18 de julio

«¡Entonces, fijaos, parece que unos militares españoles se han sublevado en Marruecos!».

Léon Blum se muestra claramente sorprendido en su despacho de Matignon. Está en el salón amarillo de la planta baja, donde el 18 de julio recibe a un grupo de educadores. Acaban de entregarle un cable de la embajada de Francia en Madrid que indica una revuelta de generales del ejército de África.

«¿Pero cómo, no lo sabe? Se lee ya en los periódicos», responden sus visitantes, desconcertados.

Más exactamente en el *Paris-Midi*, la edición matinal de *Paris-Soir*, que ha titulado a mediodía: «¿Qué pasa en España? Madrid no responde», dando a entender una insurrección militar anunciada por rumores.

Un aprieto para el jefe del gobierno del *Front Populaire*. ¿Por qué no está al corriente de una información que ya es más o menos conocida por el gran público? ¿Qué hacen Delbos y Leger en el *Quai d'Orsay*? ¿No les ha avisado esta mañana el embajador Herbette?

Se añade la perplejidad que Blum da a entender, acariciando su abundante mostacho. Acaba de desayunar en su apartamento de la Île Saint-Louis con Luis Jiménez de Asúa, una de las figuras socialistas del Frente Popular en el poder en España. Su visitante, que se dirige a Praga, le ha afirmado que la situación era «excelente» al sur de los Pirineos y que estaban «muy satisfechos».

Sin embargo, en la península, el contexto social y político es explosivo. En Madrid acaban de asesinar al líder monárquico José Calvo Sotelo, un hecho gravísimo, cometido como respuesta a la muerte del teniente José Castillo, un militante socialista.

Como en otros países europeos, los años treinta han estado marcados en España por un verdadero aumento de la brutalidad en la vida política y social, entre las tentativas de golpe de Estado de la derecha y las «revoluciones» de la izquierda. La violencia entre los dos bandos se ha intensificado desde el inicio de 1936, principalmente por causa de las provocaciones falangistas.

¿A quién creer? Si la noticia de la sublevación se confirma, es, en el pensamiento de Blum, un verdadero golpe teatral que puede cambiar muchas cosas en España, a buen seguro, donde el gobierno de izquierdas amigo estará en peligro. Pero también en Francia y en Europa, en un entorno amenazante donde gesticulan Hitler y Mussolini.

El *Front Populaire* francés ha conseguido, en pocas semanas, poner en marcha su programa de reformas sociales –las cuarenta horas, las vacaciones pagadas, los convenios colectivos– y poner fin a las huelgas del sector privado, resistiendo a las fugas de capital y a los ataques delirantes de la extrema derecha. Y Blum, si bien detesta al Duce, a quien considera el asesino de Giacomo Matteotti, su amigo socialista italiano, no ha renunciado a una política de diálogo con el Führer. Espera de este modo preservar la paz en Europa, un objetivo compartido con Londres. A finales de junio, él mismo ha juzgado que Hitler, de cuya palabra no dudaba, tenía el «deseo de llegar a un acuerdo con Francia»...

La situación no parece pues tan mala en este «bonito verano» de 1936, en un clima social más bien calmado. Los obreros y empleados franceses descubren las playas del Hexágono y van en tándem a sus vacaciones en el campo, donde las cosechas se anuncian abundantes, a pesar de un mes de julio tempestuoso.

La posible implantación de un poder autoritario, si no dictatorial, en Madrid, puede ensombrecer el panorama, al menos en el plano internacional. A las presiones alemanas e italianas podría añadirse una nueva amenaza en la frontera sur del Mediterráneo.

Insensiblemente, la mirada amable de Blum se vuelve preocupada detrás de los cristales ovales de sus gafas, y su sonrisa afable se borra mientras conversa con la delegación encabezada por André Delmas, secretario general del Sindicato Nacional de Enseñantes, uno de sus

fieles partidarios. Aunque intimidados por los oropeles de Matignon, osan preguntar al presidente del Consejo: «De todas formas, si hay algún problema, les ayudaremos, ¿verdad?».

—«Sí, seguro, no se inquieten, se apoya siempre a los amigos».

«Se apoya siempre a los amigos»... En política, en diplomacia, cuando se está en el poder, las cosas no son tan simples, frente a la gravedad de las confrontaciones. Llegado a principios de junio a la presidencia del Consejo, Blum, a sus sesenta y cuatro años, es un novicio a la cabeza del gobierno después de largos años en la oposición.

Pero, después de todo, lo que está pasando no puede ser tan grave, ¿verdad? El telegrama del embajador en España, Jean Herbet, enviado desde San Sebastián, no parece muy alarmista. El representante francés, un antiguo periodista de *L'Écho de Paris*, que ha pasado siete años como embajador en Moscú, ocupa la plaza de Madrid desde julio de 1931. Ha seguido el nacimiento y las convulsiones de la Segunda República Española y no percibe amenazas inmediatas para el Frente Popular.

Sí, es cierto, según él, que ha habido un levantamiento militar en Marruecos. Precisa que «el movimiento sedicioso tendría numerosas ramificaciones» y que los rebeldes planearían avanzar hacia Madrid. El diplomático añade, sin embargo, que la situación parece controlada en Burgos, Pamplona y en Vitoria, y que «todo está en calma en la capital», confirmando así una «nota tranquilizante» difundida por el Ministerio del Interior de Madrid.

Además, Marruecos está lejos de Madrid, es preciso atravesar el estrecho de Gibraltar para llegar al continente. Y los españoles están habituados a estos «pronunciamientos» militares, estas declaraciones teatrales de toma de poder, a menudo sin gran resultado. Como lo fue el golpe de Sanjurjo en agosto de 1932, en Sevilla, que acabó en un fiasco. Entonces, será mejor esperar e intentar enterarse mejor de lo sucedido durante los próximos días.

Blum escucha con atención. El trueno suena lejano. Parece que este fin de semana se anuncia lluvioso, pero ello no le impedirá ir con Thérèse, como de costumbre, a pasar la velada del sábado en casa de sus amigos Paul y Cécile Grunbaum-Ballin, en su casa de Mesnuls en Seine-et-Oise, y después gozar el domingo de un descanso bien merecido. Siempre estará a tiempo el lunes para tomar decisiones.